THE GILLETTE MARRIAGE



FERDINANDO FREGA

EL MATRIMONIO GILLETTE

El matrimonio

Cuando caminaba, pese a ser un hombre, todavía se le notaban la elegancia y el porte del oficial del Ejército que había sido, pero también la educación recibida en el internado, donde regía una sola norma: hablar poco y escucharlo todo.

Tenía veintisiete años aquel octubre de 1962 en que la vio entrar en la tabaquería donde trabajaba y quedó cautivado al instante.

Alta, llamativa, de aspecto inconfundiblemente meridional, con esa mirada pícara que solo las mujeres saben lanzar. Pero tenía solo dieciséis años. Se llamaba Giovanna, pero para todos en la familia siempre fue Gianna.

Enseguida le preguntó por ella al cliente: quién era, su familia, de dónde venía. Prestó poca atención a su edad. En aquellos años, este tipo de matrimonio estaba bendecido tres veces: por las familias, por la Iglesia y por la sociedad. Se presentaba como una forma de acomodar a las hijas, pero en realidad los únicos que quedaban acomodados eran los hijos varones.

Su padre trabajaba en el ferrocarril. Su madre era dueña de una respetada sastrería en la ciudad, que daba empleo a costureras y confeccionaba prendas para familias destacadas que exigían un trabajo artesanal de alto nivel y lo pagaban con generosidad.

Gianna tenía otra hermana, Francesca, casi dos años mayor. Equilibrada y serena, una cualidad que todavía conserva hoy.

Una vez completado el cuadro, mi padre le pidió al cliente que le presentara a aquella familia. Quería a mi madre por esposa. Quería casarse con ella. La quería a ella.

Y así, en abril de 1963, se casaron.

Cada vez que él elogiaba las cualidades de su esposa ante la madre de ella, esta sonreía y decía que no era cierto, porque Gianna era una buena actriz que nunca pedía permiso. Simplemente tomaba lo que quería.

A mi padre le bastaron menos de tres meses para entender que nunca podría dar forma a aquella muchacha ni moldearla a la medida de lo que imaginaba. Era sencillamente una mujer con las ideas claras, y no tardó nada en dejárselo claro también a él.

Un día le dio una bofetada. Era un comportamiento que la época reconocía como un derecho del hombre dentro de la familia.

Pero ella no perdió la compostura.

Salió y fue a una cuchillería, donde compró una cuchilla para carne y un cuchillo de carnicero.

Volvió a casa, miró a mi padre y le dijo:

«Si alguna vez vuelves a intentarlo, vendré durante la noche y te mataré».

No había drama ni vacilación en su voz. Solo certeza.

La certeza de que lo haría.

Durante quince días él durmió dentro de casa, encerrado en una habitación aparte, y solo salió cuando estuvo seguro de que el peligro había pasado.

Y quedó como el único precedente.

Se mudaron a Cosenza, a trescientos kilómetros de Reggio Calabria.

En aquella época no había autopista, y el viaje duraba casi seis horas por carreteras provinciales y a través de un tráfico interminable en los pueblos.

Dos miradas.

Menos de tres minutos.

Eso bastó para decidir un futuro, dentro de un amor que duraría físicamente sesenta y dos años, pero que seguiría siendo eterno en lo que hicieron y dentro de nosotros, sus hijos.

Cosenza – 1963

Alquilaron una casa en el Corso Italia, una zona céntrica de la ciudad, bien servida de comercios y de transporte público. Pero, terminada la luna de miel, volver a la vida cotidiana fue una etapa que nadie conocía.

Cada lunes mi padre salía de casa a las dos de la madrugada para estar a las ocho en punto con su primer cliente, a la puerta de una tienda. Recorría trescientos kilómetros y luego, a lo largo de la semana, día tras día, trabajaba cada vez más cerca de casa, hasta recuperarla el viernes por la noche.

Mientras tanto, mi madre tuvo la suerte de conocer a Nora Formisano, que vivía justo enfrente de su casa, y las dos se hicieron amigas.

Nora era una mujer de la misma edad que su propia madre y se convirtió en una madre para ella.

Venía de una familia noble napolitana y estaba casada con un alto funcionario del Ministerio del Interior destinado en aquella zona.

Tenía además tres hijos, apenas un poco menores que mi madre.

Fue a ella a quien mi madre confesó una mañana que tenía un extraño retraso en el ciclo menstrual. Siempre había sido regular.

Después de oírla explicar que no entendía por qué sentía continuamente la necesidad de orinar, Nora la abrazó y le dijo:

«Hija mía, estás embarazada».

Cuando mi padre volvió a casa, ella decidió no decir nada.

Quería ver su reacción, pero esperaba a la Pascua para decírselo.

Y así lo hizo.

Le entregó su huevo de Pascua y le dijo:

«Estoy embarazada. Tenemos que mudarnos a Reggio Calabria. No quiero que mi hijo nazca aquí. Quiero a mi familia a mi lado».

El traslado no era tan sencillo.

Requería la aprobación de la empresa por motivos de trabajo y solo podía llevarse a cabo después.

Mi padre pensó que podía ganar algo de tiempo.

Pero en diciembre de 1963 mi madre subió a un autobús y se marchó sola a casa de sus padres, donde el 11 de enero de 1964 dio a luz a Teresa.

Cuando nació Teresa y la noticia corrió por la familia, los parientes esperaron semanas antes de ir a verla.

Aquello hirió su orgullo de mujer y la llevó a tomar una decisión sobre el futuro.

Su relación con su suegra y con su cuñada nunca volvería a ser la misma.

La rabia permaneció, contenida detrás de sus ojos.

Mientras tanto, la solicitud de traslado siguió su curso, y en mayo de 1964 mi padre recibió su segundo regalo de Pascua.

Mi madre esperaba otro hijo.

Reggio Calabria – 1964

En septiembre de 1964 por fin llegó el traslado de la empresa y se mudaron a Reggio Calabria.

Pero la relación idílica que ella esperaba tener con su madre nunca se dio. Su madre era dominante y nunca cedió su poder ni su autoridad a nadie. Su padre era la única persona que la mimaba y la consentía, y todo lo que ella hizo después dependió de él.

Era el 21 de febrero de 1965.

Campo de fútbol.

Reggina contra Cosenza.

Mi padre y mi tío estaban en las gradas cuando el locutor anunció que se requería a un tal Vincenzo Frega en la entrada por un mensaje urgente.

Pensó que era una broma y se quedó donde estaba.

Luego llegó el segundo aviso:

«Vincenzo, no podemos detener el partido, y tampoco podemos detener el parto de tu mujer. ¿Te importaría irte a casa? Está naciendo tu hijo».

Todos se rieron.

Avergonzado, fingió no ser el hombre en cuestión.

Vine al mundo con la bendición de mi padre.

«Querías un hijo y ya ha llegado. Pero este será la cruz de tu vida».

Avisaron a todos de inmediato, y llegaron como si fueran los Reyes Magos.

El nacimiento de un hijo varón se consideraba un acontecimiento que garantizaba la continuidad del apellido, pero nadie se paró nunca a pensar que un hombre sin una mujer está incompleto.

Yo pasaría los siguientes sesenta y dos años explicándolo.

Al fin y al cabo, mejor la Cruz que la Hoz y el Martillo.

Fue todo lo que necesité para entender a mi colega de hace dos mil años y saber cómo podrían ser las cosas allá arriba.

Reggio Calabria – 1965

Gianna tiene solo diecinueve años.

Tiene dos hijos, un marido que trabaja para Gillette y ni la más mínima inclinación a convertirse en ama de casa.

Las reglas de la casa ya están establecidas.

El sueldo y todos los beneficios de la empresa pasan por sus manos.

Mi padre vive de los reembolsos de gastos de Gillette porque siempre está trabajando y nunca se queda sentado rascándose las pelotas.

Ella empieza a seguir los mercados de divisas porque cada mes mi padre gana un concurso de ventas en Italia y la sede de Milán le envía soberanos de oro como premio.

Luego el director de ventas manda a casa un juego de dormitorio completo.

Madera de haya auténtica.

Camas integradas.

Colchones.

Almohadas.

Mantas y edredones.

Sábanas de verano y sábanas de invierno.

Todo está diseñado con un estilo único que deja a la gente sin palabras cada vez que se cuenta la historia.

Pero ella tiene miedo.

No ve estabilidad.

¿Y quién podría culparla?

El viernes por la noche, en cuanto mi padre cruza la puerta, ella le dice:

«Tengo dos hijos. Quiero un coche nuevo».

«Pero no tienes licencia de conducir. ¿Cómo vas a conducirlo?»

«Mañana vas a comprarme un coche nuevo. Quiero un Simca 1000. Cinco puertas».

Nadie podía contenerla.

Si alguien lo hubiera intentado, la vida se habría convertido en un verdadero infierno.

La mejor solución era ir al concesionario al día siguiente, firmar un cheque por un millón ochocientas mil liras, contratar el seguro y entregarle las llaves.

Resultó ser la decisión correcta.

Doce días después ya tenía su licencia de conducir.

Nadie supo nunca cómo lo consiguió.

Mientras tanto, su padre era el dueño de todos los locales que ocupaba la sastrería de su madre.

Tenía debilidad por su hija preferida.

Bastaron unos pocos minutos.

«Papá, hazme un lugar en la sastrería de mamá. En menos de seis meses abro una tienda de lanas y mercería».

Los dos llegaron a un acuerdo.

Con solo unos pocos movimientos, mi abuelo trasladó a su esposa a un espacio aparte y le concedió a su hija dos locales comerciales independientes.

Ella volvió a casa y le dijo a mi padre que necesitaba tres millones de liras.

Y que les pidiera el dinero a sus padres con la excusa de que querían comprar una casa.

Mi padre le siguió el juego.

El dinero llegó.

Y también el letrero sobre la tienda:

LANA BBB DI GENNY

Pero también necesitaba una licencia comercial municipal, y no la tenía.

A finales de la década de 1960, la burocracia no era precisamente eficiente.

Era un túnel que vivía dentro de la política y viajaba a través de la política.

Aquel lunes por la mañana, le pidió a mi padre que se tomara un día libre y se quedara en casa con nosotros.

Luego se fue.

Como el viento que sopla sobre el desierto.

Lo sientes moverse, pero no tienes ni idea de dónde diablos ha salido.

Fue a la alcaldía.

Allí se topó con un empleado que estuvo a punto de reírse de ella cuando le pidió la licencia.

Lo siguiente que se supo fue que lo había agarrado por las solapas de la chaqueta, lo había arrastrado hasta sacarle medio cuerpo por la ventanilla del mostrador y cinco personas intentaban separarla de él.

Mientras tanto, dio la casualidad de que pasaba por allí el alcalde.

Se llamaba Pietro Battaglia.

Más tarde cumpliría varios mandatos en el Parlamento italiano.

Observó la escena, tomó a mi madre del brazo y la invitó a pasar a su despacho.

Diez minutos después salió con una licencia comercial de Tabla XV en la mano.

Para que quede claro, era el tipo de licencia que en Italia se exigía para abrir un hipermercado — el nivel más alto, normalmente imposible de obtener sin contactos políticos.

El negocio despegó.

Los representantes de ventas hacían fila en la puerta.

Con el tiempo, un colega le dijo a mi padre:

«¿Sabes? En Reggio Calabria hay una comerciante que les hace pasar un mal rato a todos los representantes de ventas».

Y mi padre respondió:

«Sí, lo sé. Mucha gente me ha hablado de ella».

Pero nunca dijo que ella era su esposa.

La tienda cobró vida propia.

La gente venía de todas partes de la ciudad a comprar allí.

La mujer que agarraba a los hombres por las solapas y los estampaba contra la pared.

Que fueran funcionarios o mafiosos importaba poco.

Su nombre resonaba en toda la ciudad.

La esposa del GILLETTE MAN.

Control

Una mañana, un camionero hizo una maniobra imprudente en una avenida de la ciudad.

El camión enganchó la puerta del coche de mi madre y se la arrancó.

El sonido de su bocina no sirvió de nada.

El conductor nunca se dio cuenta de lo que había pasado y siguió su camino mientras el coche sufría daños considerables.

Al final se detuvo y bajó a la calle gritando que estas malditas mujeres no sabían conducir.

Proclamó a gritos que las mujeres harían mejor quedándose en casa criando a los hijos.

Después, mirando fijamente a mi madre, que seguía sentada al volante, le lanzó insultos y amenazas al estilo de un mafioso.

En el asiento trasero estábamos mi hermana, de cuatro años, y yo, de tres años.

Nos dijo que no nos moviéramos.

Que enseguida volvía.

Nunca supimos exactamente qué pasó afuera.

Lo único que sabemos es que el mafioso acabó arrodillado delante de mi madre, besándole la mano y pidiéndole perdón.

En los días siguientes, la tienda registró un aumento extraordinario de clientes.

Entraba tanta gente por la puerta que mi padre acabó preguntándole si estaba aplicando los márgenes correctos o si simplemente regalaba la mercancía.

Antes de que él pudiera siquiera sentarse en casa, ella le dijo:

«Mañana ve al concesionario Fiat y cómprame un FIAT 124 Special blanco, motor 1400, cuatro puertas».

«Pero, Gianna», respondió mi padre, «¿sabes cuánto cuesta?»

«Tres millones seiscientas cincuenta mil liras. Pagas tú ahora. Cuando llegue el dinero del seguro por el Simca, que ya no tiene arreglo, te lo devuelvo».

Con eso bastó.

Menos de doce horas después, el coche, nuevo de fábrica, ya estaba en la puerta.

Hubo un solo comentario:

«Me dicen que en Calabria este coche se usa para los atracos porque es rápido y ágil. ¿Para qué lo necesitas?»

Ella lo miró seria y respondió:

«Ya verás».

Y cuando él salía a trabajar por la mañana, ella siempre le preguntaba:

«¿Adónde vas hoy? ¿Dónde vas a almorzar?»

Él le respondía que tal vez estaría a ciento veinte kilómetros.

Y los tres nos presentábamos allí sin avisar.

Él creía que era amor.

Ella simplemente vigilaba su patrimonio.

Luego, para no perder la costumbre, intentó aplicarme a mí ese mismo sistema de control.

Ninguno de los dos ganó nunca.

Ni ella.

Ni yo.

Ella creía que el control se ejercía con las privaciones y con las palizas.

Las primeras apenas me hacían efecto, porque enseguida desviaba mis necesidades hacia otra cosa, y eso la volvía loca.

Las segundas, sencillamente, no las sentía.

No reaccionaba.

No lloraba.

No maldecía.

Yo tenía el control sobre el dolor.

Años después, ese mismo control me ayudaría a superar otras dificultades.

Ella siempre creyó que éramos iguales.

Pero nunca aceptó que una parte de mí perteneciera a mi padre.

Y él ganó con los hechos.

Y en silencio.

Campo

Una llamada del jefe de distrito el viernes por la noche, una vez enviadas las cifras de ventas de la semana, le dio que pensar: Su Majestad, el director de ventas de Gillette Italia, Raffaele Di Tullio, pasaría tres días con él sobre el terreno, y la cita estaba fijada para el lunes a las 7:30 de la mañana en el Hotel Excelsior de Reggio Calabria.

El itinerario de la semana incluía visitas a clientes por toda la ciudad y algunas visitas en los alrededores. Como ya estaban a mediados de julio y todos sabían el calor que podía hacer en la zona, mi madre le metió una segunda camisa en el maletín y le dijo que antes del almuerzo convendría refrescarse y cambiarse.

Llegó a la cita con el uniforme completo: un traje azul impecable, una camisa azul claro, una corbata y todo el respeto que se le debía al hombre que lo había contratado.

Fue un día de muchísimo calor, y los dos hombres empaparon de sudor la ropa. Sin embargo, durante las visitas, el centro de cada conversación no eran las cifras de ventas. La charla giraba en torno a si era feliz, a cómo se sentía en su vida familiar y a cómo se estaba adaptando a la empresa.

Al día siguiente mi padre volvió para la segunda jornada de la visita de campo. Ya fuera porque no supo leer bien la situación o porque confiaba demasiado en sus números, cometió un error. Se presentó con el mismo traje que, aunque seco, todavía llevaba huellas visibles del sudor del día anterior.

Di Tullio lo miró durante un largo segundo, no dijo nada y luego lo invitó a sentarse en un bar a tomar un café.

«Vincenzo», le dijo, «Gillette no vende hojas de afeitar. Gillette vende confianza. Un hombre se lleva una hoja a su propia garganta cada mañana solo si confía en el hombre que se la vendió. Y la confianza empieza por una camisa limpia».

Mi padre no respondió. Lo entendió.

Esa noche volvió a casa y le dijo a mi madre que había tenido razón. Otra vez.

Nunca cometió dos veces el mismo error.

El tercer día, Di Tullio le estrechó la mano delante del Excelsior y le dijo: «Llegarás lejos. Porque escuchas».

Esa lección se convirtió en el código de la familia.

Mi madre controlaba todo lo que se veía. La licencia, las tiendas, los coches, el dinero.

Mi padre controlaba todo lo que no se veía. El ejemplo, el silencio, la resistencia, la dignidad de presentarse impecable incluso cuando llevas dos días sudando sangre.

Me llevó sesenta años entender que eso es un matrimonio.

Una persona que agarra a un empleado por las solapas para conseguir una licencia.

Y otra persona que se cambia la camisa en un baño público para que su empresa no se avergüence de él.

EL MATRIMONIO GILLETTE

Un matrimonio no es una promesa. Es una hoja.

Si la manejas con cuidado, te da un afeitado limpio cada mañana durante sesenta y dos años.

Si la manejas con descuido, te corta la garganta.

Mi padre y mi madre nunca se cortaron el uno al otro.

Solo aprendieron, día tras día, a sostener la hoja juntos.

Ferdinando Frega
Gillette Man ⚔️